

La fuga de Ariel

Crisis republicana y síndrome autocrático en Cuba

Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia; el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de la sensualidad y la torpeza (...)

JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Ariel*

EN LA HISTORIA REPUBLICANA DE CUBA SUELEN IDENTIFICARSE rápidamente dos dictadores: Gerardo Machado y Fulgencio Batista. A ambos los une la fatalidad de ser derrotados por una revolución y una semejanza: la pretensión de reformar el Estado desde la derecha, incluyendo en esa empresa ciertas prácticas de exclusión política. Sin embargo, entre Machado y Batista también hay una gran diferencia. Mientras Machado —pese a que el líder comunista Julio A. Mella lo calificara de «Mussolini tropical» y a los elogios de Primo de Rivera— parece más un caudillo latinoamericano de «orden y progreso», Batista es ya un dictador del siglo xx. Machado recuerda más a Porfirio Díaz que a Benito Mussolini¹. No llega al poder mediante golpes de Estado y otras medidas de fuerza de tipo similar,

¹ Michel Zeuske (Universidad de Colonia) indica con razón que el prototipo de caudillo rural blanco encarnado en Díaz ya había sido encarnado en Cuba por el presidente José Miguel Gómez, electo en 1908. Machado copió el estilo y además pertenecía a su clientela política: el grupo de «Las Villas». Ver «Clientelas regionales, alianzas interraciales y poder nacional en torno a la guerrita de agosto (1906)», en: *Illes i Imperis. Estudis d'història de les societats en el món colonial i post-colonial*, núm. 2, primavera 1999, Universitat Pompeu Fabra, Departament d'Humanitats, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives, Barcelona.

que es el estilo que mejor dominó Batista. Por el contrario, intenta inscribir —como los herederos del argentino Juan Manuel Ortiz de Rosas— sus procedimientos en el liberal-constitucionalismo más estricto. Por debajo de tal mimetismo que buscaba otorgar legitimación democrática del poder establecido, está la corrupción, el pactismo y el soborno (nada nuevo respecto a lo anterior), que se institucionalizan en un grado máximo con el legislador Wilfredo Fernández Vega y la fórmula cooperativista. En cambio, con Batista el Ejército inicia su gestión directa en el Ejecutivo, intentado encajar bien en la modernización del orden neocolonial, que madura con la política roosveltiana del «New Deal». Los procedimientos machadistas son impecables, incluida la manipulación de la Carta Magna. Reparte cuotas de poder para transformar la clase política en una «machadokrazia» sin transformar la Constitución hasta 1928. Lo más probable es que ambos correspondan a dos momentos diferentes en el desarrollo del Estado «pseudoconstitucional neopresidencialista», una de las configuraciones intermedias entre constitucionalismo y autocracia descritas por el derecho político hace cincuenta años². Si Batista es plenamente autoritario, Machado solo padece un síndrome autocrático que con él se convertía en la «nueva fórmula política», como anunció en 1927 el filósofo de la bancarrota del régimen representativo Alberto Lamar Schweyer.

Machado jugaba a ser el «Mussolini tropical», pero en realidad lo hacía mal. Los aspectos nacionalistas de su proyecto chocaban con los intereses norteamericanos³, mientras que los rasgos abiertamente antidemocráticos de su Gobierno enfrentaban a una sociedad que se modernizaba y crecía en todos sus aspectos, incluida la cuestión de la organización cívica y la protesta gremial y social. Si el primer problema podía resolverse mediante algún tipo de

² Lowenstein, Karl: *Teoría de la Constitución*, Barcelona, Ariel, 1965. Al considerar las mixturas entre autocracia y constitucionalismo, Lowenstein escapa a las tradicionales clasificaciones de los tipos de gobierno; por esto, y a pesar del tiempo, puede ser muy útil, pues significa un giro realista y una reacción antiformal respecto a los herederos de Aristóteles. Su defecto, compartido con sus contemporáneos (y a decir verdad menos presente en él que en otros), es que las autocracias que tenía en mente eran de las más desarrolladas (el fascismo, las dictaduras latinoamericanas de la Guerra Fría y el estalinismo); esto no le permitió fijarse en los momentos más elementales o primitivos, como el de Machado, y ver cómo un régimen constitucional no se «pervierte» al desarrollar la autocracia, sino que más bien ésta es una opción en el espectro de posibilidades. Esta idea se puede complementar con la crítica hecha por Juan Ferrando Badía precisamente a Lowenstein: «lo más importante de un régimen no son tanto las instituciones como los principios políticos a que responden, es decir, las finalidades y anhelos de una sociedad», cfr. *Democracia frente a autocracia. Hacia una democracia, económica, social y política*, Madrid, Tecnos, 1980. Aquí queremos llegar: pueden constituirse instituciones republicanas para una voluntad dictatorial, sin embargo, la crítica a Badía es que siempre se puede encerrar a la oposición en nombre de la estabilidad del orden «democrático» establecido. Es decir, habría que distinguir entre mentalidad política, discurso, prácticas e instituciones.

³ Dice Guerra y Sánchez: «Aparte del nacionalismo económico del Gobierno de Machado, con su reforma arancelaria proteccionista, sus tratados comerciales con España y con Francia, sus tenaces esfuerzos a favor del desarrollo de las industrias, y su empeño por diversificar la agricultura, asegurándole a la Isla un abasto propio, podía, si persistía en mantenerla, crear obstáculos al plan de ampliar las exportaciones norteamericanas». Ver: *La expansión territorial de los Estados Unidos*, Habana, Ciencias Sociales, 1975, p. 75.

negociación, la segunda podía ser reprimida haciendo uso de la violencia legítima en que está fundado todo Estado moderno, como dijo Trotsky en Brest-Litovsk. En definitiva, hasta entonces las fronteras cubanas de tal legitimidad habían sido más bien desdibujadas, como evidenció la represión contra los liberales en 1905, la cacería contra los «Independientes de Color» en 1912 y, de nuevo, contra los liberales durante el alzamiento de «La Chambelona». Machado no sería el primer represor de la República y la violencia legítima podía ser mayor o menor, según hiciera falta para restaurar el orden. Sin embargo, el síndrome autoritario no crece con él mediante la fuerza, sino a través de la negociación y el consenso de un sector mayoritario de la clase política. La capacidad para negociar que demostró el futuro dictador en las primarias liberales de 1924 fue impresionante, habida cuenta de que su apoyo al interior del liberalismo era mínimo y favorable a otro candidato, el coronel Carlos Mendieta. Justamente la derrota de Mendieta se explica por desconocer esa regla elemental del juego que lo involucraba.

Machado, en cambio, se multiplica, busca febrilmente apoyo, insinuando o asegurándole abiertamente todas clases de beneficios al que lo refuerce en su aspiración; y a todas horas, en todos lados, se le ve abrazando aparatosamente a los que cree pueden ayudarle (...) le resto añadir que ya anteriormente él había sondeado al Dr. Zayas, llegando a la conclusión de que Don Alfredo, por estar enfermo y también cansado de los ataques contra su Gobierno, no aspiraría a la reelección. Por otra parte, mientras Clemente Vázquez Bello, presidente de la Cámara, su lugarteniente electoral, le sumaba silenciosamente delegados, Machado enrolaba a favor de su campaña poderosos intereses extranjeros y otros igualmente decisivos (...).⁴

Aunque siempre se subraya la fuerza, también el cabildeo fue un elemento clave para el desarrollo del autoritarismo. Sin el cabildeo, es impensable la «oposición cooperativa» de Fernández Vega, la estrategia que reunió temporalmente a la clase política. Fernández Vega sostenía que si el gobierno era bueno, si los fines que se planteaban eran laudables, si estaba comprometido con una obra de mejoramiento nacional aplaudida por todas las clases del país, la única actitud posible para la minoría parlamentaria (conservadora) era la de contribuir a la más fácil ejecución de esos proyectos. Fernández sabía que prestar concurso a la causa machadista significaba un replanteamiento de la democracia formal que regía a Cuba, convertir el Poder Legislativo en una herramienta del Ejecutivo, invertir los términos. Por esa razón atacó a los «teorizantes que suspiran por las bellezas de la democracia pura», prefiriendo una República «indigente» bajo la intervención «humilladora» de los EE.UU. El razonamiento de Fernández es fuerte desde el punto de vista de

⁴ Quesada y Miranda, Gonzalo de: *¡En Cuba Libre! Historia documentada y anecdótica del Machadato*, T. I, Habana, Seoane, Fernández y Cía, 1938, pp. 18-19.

la lógica: el liberalismo y el conservadurismo eran la bifurcación de la trayectoria recorrida por los fundadores de la nación durante las guerras contra España. El cooperativismo los reunía en una ecuación política cuyo denominador común era Machado⁵. Para el autor de la fórmula, el dictador en ciernes vendría a ser la solución de estabilidad que antes se conseguía en la Embajada de los EE.UU. o a través de la revuelta, que él llamaba eufemísticamente «revolución». En su opinión, la constitución de una fuerza política a partir de los fragmentos resultantes de las contradicciones internas vigentes desde 1902 podía lograrse perfectamente. Los partidos no los hacen los hombres, los hace el pueblo, escribió. Por tanto, los partidos no hacen la oposición, sino que la «recogen del ambiente». En ese sentido, tampoco ninguna minoría congresional podía levantarse contra un gobierno que todas las clases encontraban legítimo. Por último, apuntó que el sistema de partidos —recordar Z.Z.— estaba en crisis y por tanto el parlamentarismo también. Había que renovarlos pasando a una dictadura o a un «gabinete de concentración patriótica» que trabajara en un campo común y a favor de «un presidente de todos», únicas posibilidades que en su opinión podían avizorarse en el horizonte político de entonces.

La idea es interesante porque se aprecia bien cómo el autoritarismo es de hecho una opción más dentro del espectro republicano, no como una contradicción, como han escrito los historiadores Jorge Myers y sobre todo David Lynch⁶. Los argumentos de salvar a la patria, en tanto garantía de la libertad, se fortalecieron con las tesis del «ejecutivo fuerte» y/o «gendarme necesario» y arrasaron los bastiones de la pluralidad congresional. Y de paso los grupos hegemónicos de la sociedad lograron armonizar sus intereses con las nociones de *virtus*, *vita activa* y *salus populi*.

En el cooperativismo está el acuerdo oligárquico. Pacto que se inscribe en la tradición de arreglos entre conservadores y liberales desde el inicio de la I República. Sin embargo, a la altura de 1925-1927, la cuestión se presentaba complicada. La sociedad no era la misma y los caudillos decimonónicos tenían que desarrollar estrategias más complejas. A la gente le debía resultar algo

⁵ Si el machadato tuvo una esencia, ésta fue la conversión de las diferentes fuerzas políticas en partes del aparato burocrático. Se va pasando de la división de poderes a la división de funciones, así la localización fáctica del poder se centraba en el presidente sin borrar la estructura del mecanismo gubernamental vigente. cfr. Lowenstein, K.: *Op. cit.*, p. 46.

⁶ Refiriéndose a los dictadores decimonónicos, Lynch afirmó que el culto al caudillo es un culto republicano, surgido en el transcurso de la guerra y la revolución (cfr. *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850*, Madrid, Mapfre, 1993 p. 17). En un estudio sobre el rosismo, el historiador argentino Jorge Myers (*Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995) indicó que «a pesar de ser un régimen caudillista, el discurso político del rosismo se articuló sobre la base de un universo esencialmente republicano. Sus lenguajes eran todos de procedencia clásica republicana. Durante el rosismo, la lengua de la política fue hablada en imágenes clásico-republicanas». Yo acotaría: «precisamente por ser un régimen caudillista». La recreación de un universos de símbolos clásico-republicanos ya pasa a ser un elemento común en el autoritarismo.

chocante, pues las acciones de la clase política se cotizaban cada vez más a la baja. Machado intentó detener ese proceso mediante el control de la opinión, que —codificada por el oficialismo— intentaba reducir los espacios de la fragmentada oposición. De acuerdo con el escritor liberal Orlando Nuñez Pérez:

A Machado lo abrumaron con sus felicitaciones y halagos los intelectuales, (...) ¡la Universidad que lo hizo Honoris Causa! Las sociedades regionales que se peleaban entre sí por el honor de haber acunado al «egregio». Los comerciantes, los industriales, los banqueros, los periodistas que les daban sus planas y sus fotógrafos. Los municipios todos lo nombraron Hijo Adoptivo, Ciudadano Ilustre, Varón Egregio, Hijo Magno. Su nombre se imponía por ley del Congreso a un término municipal. Al Presidente le otorgaron cuantos diplomas, regalos y recuerdos es capaz el hombre de inventar. Condecoraciones y bandas extranjeras. Las sociedades aristocráticas se disputaban su presencia (...). Le rindieron su más alta felicitación los mambises (...), no escaparon a esta marea los masones, que le otorgaron el Grado 33; ni la Iglesia Católica, uno de cuyos más grandes Obispos (...) Monseñor Ruiz acuñó esta frase: «¡Dios en el cielo y Machado en la tierra!»⁷

En la cita hay varias cosas interesantes, entre las cuales destaca que corporaciones distintas entre sí —como la Iglesia y la masonería, que copaba la clase política a todos los niveles— comenzaban a coincidir en política a partir de Machado, lo cual derivaba en concesiones gratuitas al autoritarismo, como la entrega de planas. Esto quiere decir que la «machadokrazia» llegó a copar todos los sectores de la sociedad y que no se sabe realmente cuáles habrían sido las consecuencias de este fenómeno si no hubiesen estallado el *crack* de 1929 y las revueltas de 1930-1933 en el país. No obstante, Nuñez Pérez yerra a propósito al afirmar que todo ese culto a la personalidad para realzar el carisma del líder político en cuestión⁸ es el elemento que desencadenó de la dictadura. Y también miente al indicar que el liberalismo se mantuvo al margen de todo y que el cooperativismo fue un engendro de los conservadores⁹. Realmente las cosas ocurrieron de otro modo. Hubo un proceso de persuasión gestado en el seno de la clase política para presentar a Machado como el Mesías providencial que debía combatir la depresión económica, el intervencionismo diplomático de los EE.UU., el estancamiento de las obras públicas y la

⁷ Nuñez Pérez, O.: *Machadismo y antimachadismo*, La Habana, Enrique Villuendas, 1955. Aún en los años cincuenta los liberales luchaban por quitarse el sambenito de machadistas.

⁸ Punto básico de la tesis de los dos Machados: uno «bueno» (enérgico, pero respetuoso de las libertades) y otro «malo» (déspota). Nuñez quiso demostrar que «el exceso de homenajes y rendimientos, hizo perder a Machado, hombre de carácter recio, pero de escasa cultura, su perspectiva histórica como gobernante». Nuñez, *Op. cit.*, p. 15.

⁹ «(...) fueron los liberales los menos machadistas de todos los que en la órbita del General giraron, y su vinculación a sus errores, que se les achaca, fue en la misma medida que todos los partidos y casi todo el pueblo de Cuba», escribió Nuñez Pérez, *Idem*.

corrupción administrativa, partes de la realidad compleja que eran la sociedad y la política cubanas.

La imagen del culto a la personalidad del Caudillo estaría incompleta sin mencionar ciertas leyendas que proliferaron durante su mandato. Al funcionar sobre una población prisionera de los «atavismos» legados por la esclavitud, el comercio de bozales y el mestizaje, la construcción de un poder autoritario en Cuba debía apelar también a otros dispositivos, ofrecer a la interpretación popular otros códigos más cercanos a ella, códigos fácilmente descifrables por el común. En otras palabras, debía hallar en el universo referencial del pueblo llano las claves generadoras de la cuota de reconocimiento y respetabilidad, necesarios, e incluso de temor. Es difícil conocer en profundidad cómo se articularon esos dispositivos o recursos del poder. Formaban parte de la estrategia de legitimación del régimen político, mecanismo combinatorio de elementos racionales e irracionales. Elementos que eran transmitidos por el rumor y aceptados por el imaginario popular, gracias a las raíces existentes en él. En ese sentido avanzó algo Lydia Cabrera, estudiosa de las culturas afrocubanas, al recoger los rumores que circularon en torno a la ceiba¹⁰ que aún permanece sembrada en el Parque de la Fraternidad de La Habana.

Bajo esta ceiba se pretende que algunos hombres prominentes enterraron sus «macutos». *Y no habrá paz y tranquilidad en este país hasta que no se saque de ahí y se desmonte una nganga que el General Machado enterró hace unos veinte años.* Está tan fuerte esta Prenda, y tan herida que todo lo tiene revuelto aunque no lo parezca, y costará mucha sangre. Otros aseguran que esta prenda —continúa Cabrera— se encargará de vengar a su dueño de la ingratitud del pueblo cubano. (Debía considerarse suficiente vengada, apunta la autora). Para todos los creyentes —esotéricos y exotéricos— los actos oficiales que se celebraron con motivo de la inauguración del Parque de la Fraternidad (...), tenían, abiertamente, un carácter mágico. ¡Con razón! Las flechas de hierro que adornan la verja que rodea a la ceiba en medio de la Plaza son las d'Oggun, Eleggua, Ochosi, Allágu-na, Changó, y son signos de palo monte, de Nkuyo, Nsasi, Siete Rayos; las tierras —veitiuna— que se trajeron para sembrarla, las monedas de oro que se arrojaron al hoyo, la supuesta injerencia del famoso Sotomayor, un mayombero amigo de algunos políticos influyentes de aquel tiempo, son indicios elocuentísimos de que allí hay algo, y algo muy poderoso: «una mañunga muy fuerte»¹¹.

Lógicamente, todo ese significado religioso pasó inadvertido ante los ojos de los delegados de los países que asistieron a la VI Conferencia Panamericana,

¹⁰ Árbol bombacáceo americano, de 15 a 30 metros de altura, tronco grueso y raíces muy profundas: un verdadero monstruo vegetal que no puede ser desenterrado fácilmente. La ceiba ocupa un lugar central en las creencias derivadas de los sistemas religiosos llevados a la Isla por las culturas africanas.

¹¹ Cabrera, L.: *El Monte*, La Habana, Ed. SI-MAR, S.A., 1996, pp. 187-188.

presentes en la inauguración. Fue una doble ceremonia: tribal y republicana. Un ejercicio de violencia simbólica. Porque, en cualquiera de sus variantes, formaba parte de la batalla por la prórroga de poderes y la reforma constitucional. La gente miraba y sabía: el poder del monte era monopolizado y hasta parecía favorecer a Machado, mejor andar con cuidado. Policías, *orishas*, el gran capital norteamericano, los intereses oligárquicos nacionales, la clase política, mejores vías de comunicación que por vez primera permitían controlar los municipios más apartados del país, Machado se sentía suficientemente fuerte: desde este punto de vista, la represión que desató parece una consecuencia lógica de esta acumulación extraordinaria de poderes.

Entre 1924 y 1927, Cuba estaba ante la elección entre una falsa democracia (la que existía) o una dictadura *de facto*, legitimada por una apariencia liberal-constitucionalista, fórmula probada antes en otros países de la región. A mediados de los años veinte ni los más optimistas —como Ramiro Guerra— dudaban del fracaso republicano. En 1924, Guerra había discutido las perspectivas de Cuba con Fernando Ortiz, a la sazón el presidente de la Sociedad Económica. Ortiz había declarado la decadencia, mientras que Guerra, ubicándose en la línea abierta en 1920 por Miguel de Carrión, apostaba a favor de una evolución ascendente¹². Sin embargo, solo tres años más tarde, Guerra titulaba el capítulo XVII de *Azúcar y población en las Antillas*: «El fracaso sin esperanza de la República»¹³. La solución rondaba la figura del «hombre fuerte». Acaso, este pasaje de esa obra pudiera abrir una reflexión en torno a la adhesión de numerosos intelectuales a Machado, cuestión que sigue provocando hoy el estupor de los historiadores.

Como quedó escrito antes, una interpretación específica de la decadencia como fenómeno socio político por parte de un sector de la élite intelectual derivó en clave fundamental del planteamiento teórico del autoritarismo. La pluralidad que evidencian las adhesiones obliga a considerar el programa machadista como un registro amplio que contempló las más variadas demandas. Con ofrecimientos (como puede ser el caso de Orestes Ferrara y la mayoría), por sus presuntos fines patrióticos (Guerra) o, incluso, al presentarse como una necesidad histórica o biológica (Alberto Lamar Schweyer), o la combinación de las tres cosas, Machado llamó la atención de las personas que

¹² Ortiz, F.: *La decadencia cubana*, Habana, Universal, 1924. Guerra, F.: *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, Habana, Cervantes, 1924. Carrión, Miguel de: «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años», en: *Cuba Contemporánea*, año IX, Tomo XXVII, La Habana, sep. de 1921, núm. 105, pp. 5-27. Carrión era crítico, pero no quería pasar por pesimista, por el sentido antipatriótico que se le otorgaba al pesimismo. Por eso escribió: «Sinceramente, creo y afirmo que nos salvaremos del naufragio; aunque esa masa de población (...) no ofrezca, por el momento, las garantías de la más segura de las naves» (p. 6). La imagen del naufragio, relativamente generalizada, es seguida por Guerra al afirmar que Cuba es una «isla de corcho», una balsa que puede sobrevivir a todas las tempestades.

¹³ La Habana, Ciencias Sociales, 1970.

integrarían un entorno parecido a aquel grupo del porfiriato autodenominado «los científicos», al que podía recurrirse en busca de asesoría o que podían integrarse a la burocracia como funcionarios¹⁴. El dictador aparecía ante muchos involucrados en su régimen como una alternativa (acaso la última) al modelo de conducción política de una sociedad en vías de desintegración, lo cual justifica también en alguna medida el culto rendido a su persona que mencionamos antes.

Generalmente, la referencia a la proyección machadista hacia los intelectuales solo pasa por la compra de periódicos y la represión, y esto es inexacto. El poder es siempre poder y la coerción de la opinión estuvo presente hasta en el débil gobierno de Zayas, como evidencia la nota al pie¹⁵.

Machado aplicaba un criterio práctico: existían los intelectuales útiles para el progreso y los «vagabundos intelectuales», léase, de la oposición que lo criticaba y ante la cual afirmaba con desprecio su condición de caudillo —«mi política está sellada con el machete, en los campos de la revolución redentora; no haciendo literatura mohosa, ni versos hiperbólicos y sentimentales a España»¹⁶—. La primera de las variantes se objetivó [1] en cierto interés en la Instrucción Pública y en la divulgación de la cultura oficial y [2] en el fomento de estudios sociológicos sobre los factores que podían distorsionar la estabilidad de las instituciones tradicionales, para lo cual intentó (sin éxito) centralizar la investigación y colocarla bajo orientación gubernamental. Bajo Machado se creó la Academia de Ciencias Sociales (1928) con esa finalidad concreta. Es un objetivo que reaparece luego con Batista, quien promocionó otro organismo parecido años después: el Instituto de Ciencias Políticas y Sociales.

Las personas que se adhirieron al régimen provenían de las más diversas tendencias políticas y ocupaban las posiciones más disímiles en el campo intelectual cubano. De ahí que la «machadokrazia» intelectual fuera un sistema de agregados, una suma de elementos sin una idea compartida. Utilizaré algunos casos, los más atractivos quizás, ordenados según las funciones que cumplieron.

¹⁴ Sobre los científicos dice David Brading: «Cansados de las abstracciones jacobinas de sus antepasados, se convirtieron al positivismo comtiano y aclamaron a Porfirio Díaz como el fundador de la etapa industrial y científica de la historia de México. Los científicos «convencidos de que la organización económica impone irresistiblemente la organización política y para modificar ésta es indispensable transformar aquélla», aceptaron la dictadura porfiriana como un instrumento inevitable para el progreso material». Cfr. su introducción a la compilación hecha por él mismo *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*, Mexico, F.C.E., 1991, p. 15.

¹⁵ «Notas de la dirección or la libertad de prensa.- En representación de *Social*, nuestro director literario [Emilio Roig] asistió el mes pasado a las reuniones que celebraron los directores de diarios y revistas de La Habana y a la visita que los mismos hicieron al Secretario de Gobernación con el objeto de recabar de este funcionario se retirase las disposiciones que había dictado y coartaban la libertad de prensa. Satisfactorios resultados tuvieron esas gestiones. Sólo falta (...) que por una ley de la República queden perfectamente aclarados y garantizados los derechos que reconoce nuestra constitución referentes a las libertades de pensamiento y palabra hablada o escrita». *Social*, La Habana, junio, 1923, p. 6.

¹⁶ Quesada y Miranda, *Op. cit.*, p. 102.

El primer tipo de adhesión concreta que podría mencionarse es precisamente una opción egoísta, la de Orestes Ferrara, quien había caído en desgracia con el jefe de Estado en las primarias liberales por apoyar la facción con más posibilidades de éxito, es decir, la de Mendieta. Siendo un hombre de muchos recursos y experiencia, Ferrara no se hundió en la política por eso. Él no era «descartable»: representaba numerosas casas comerciales norteamericanas, como evidencia su correspondencia. De tal conexión —unido al hecho de ser un diplomático conocido en el exterior— dependían sus ingresos: agilizaba los negocios y cobraba comisiones. Después de su derrota en las primarias liberales (y visto que Machado era el próximo presidente), Ferrara se apuró en ponerse a sus órdenes. En agosto de 1925 escribió que Machado era históricamente necesario en la reforma de las instituciones porque:

La democracia inorgánica de nuestros tiempos, en los países en donde todavía no hay una larga tradición de libertad ni de opinión pública activa y vigilante, trae como consecuencia el despilfarro. El recuerdo del sistema colonial que reducía las actividades económicas a las de una factoría en que era necesaria la rápida ganancia, ha sido causa directa de la inmoralidad administrativa (...). Los países democráticos que sufren una administración simoníaca no son democráticos más que en la forma; (...) el pueblo está excluido de una vida pública tanto como lo está en los regímenes tiránicos¹⁷.

Estos son los tópicos centrales de la retórica que rodeó la emergencia del machadato. Ferrara no podía estar de acuerdo con el saneamiento riguroso de la administración, puesto que sería el primer penalizado. Pero no podía encontrar un modo mejor de ocupar un lugar central en la machadokrazia (tenía enemigos en el entorno del General), porque esto era lo que quería Machado que se dijera de él. Sin embargo, no sé si en el fondo le gustaba demasiado la idea de un gobierno fuerte. Al enviarle una copia mecanografiada de su *Biología de la Democracia*, su ahijado político Lamar Schweyer le escribió para avisarle que la obra (apologética de las dictaduras) no le agradaría, por ser Ferrara un liberal convencido¹⁸. De todas maneras, era preferible un gobierno fuerte a nada. No podía quedar fuera del juego político en el que ejerció notable influencia desde la instalación republicana y por eso fue un hombre clave para el régimen. Entre otras misiones, facilitó la discreta entrevista con Zayas que hemos referido en dos ocasiones; y fue embajador en EE.UU. entre 1925 y 1928, donde sirvió de contacto directo entre el Ejecutivo y los grupos económicos estadounidenses. Regresó ese último año y

¹⁷ Ferrara, O.: «Gerardo Machado» (nota editorial), en: *La Reforma Social*, Tomo XXXII, núm. 4, agosto de 1925. Ferrara fue director y propietario de la revista hasta 1925. Ese año él vendió la revista a su colaborador Jacinto López, un venezolano. En esa época la revista radicaba en New York y dejó de interesarse en el tema cubano, que hasta entonces había sido central.

¹⁸ Carta de Alberto Lamar a Orestes Ferrara. Archivo Nacional, Donativos y Remisiones, años: 1909/39, caja o legajo: 382, núm. de orden: 1, Contenido: Ferrara, O.

entró de lleno en la reforma constitucional y la prórroga de poderes, así como en la presentación de Cuba ante la VI Conferencia Panamericana de La Habana, donde Ferrara defendió, contra la opinión mayoritaria, la intervención de Washington en América Latina como solución de estabilidad. Las circunstancias y los recursos disponibles para competir en el campo de poder permitieron a Ferrara seguir interviniendo en los principales temas y debates de la gran política, lo cual casi le cuesta la vida en 1933.

Por su parte, Gustavo Gutiérrez Sánchez cumple una trayectoria bastante usual. También se integró al aparato como Consejero de la Secretaría de Estado en agosto de 1925¹⁹. Hasta entonces había sido catedrático auxiliar de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Gutiérrez Sánchez realizó su trabajo para el régimen en los ámbitos que mejor dominaba, las relaciones exteriores y los medios de comunicación. En 1930 fundó la *Revista de La Habana*, que retomó el nombre de una publicación de la tradición iluminista cubana²⁰, al tiempo que se instauraba como un espacio políticamente de derechas y estéticamente de vanguardias. Cuando llegó el momento, la *Revista de La Habana* fue el órgano que organizó la contraofensiva intelectual desplegada por el oficialismo para atacar las posiciones de la crítica revolucionaria. A través de la sección «La opinión adversa», Gutiérrez intentó restaurar la legitimidad del poder, cuyos signos de crisis ya eran agudos. Para esto, la *Revista de La Habana* recuperaba el potencial intelectual que había quedado sin vías de expresión con la defunción de la *Revista de Avance*, clausurada por el régimen. La curiosa maniobra explica las colaboraciones de Raúl Roa, Navarro Luna, José A. Fernández de Castro, Jorge Mañach y Félix Lizaso, que eran resueltamente antimachadistas. Sin embargo, al mismo tiempo publicaba el «Manifiesto de los Abogados Liberales» en apoyo del Gobierno. La habilidad de este abogado, que nunca renunció a la Cátedra, demuestra cómo los intelectuales cercanos al poder se extendían como una red hacia los puntos de la sociedad que acusaban mayor conflictividad, como la Universidad. Gutiérrez pudo tener fines egoístas al integrarse al gobierno, pero no lo sabemos con certeza. Él era una conexión con la sociedad civil, o lo que iba quedando de ella²¹.

Ramiro Guerra formaba parte de la burocracia ligada a la Instrucción Pública desde 1900, en la que coordinó un impresionante proyecto de renovación pedagógica, pero nunca perteneció a la clase política. No obstante, su

¹⁹ Decreto Presidencial núm. 1570 de 22 de julio de 1925. En su Expediente Administrativo Leg. G-29, núm. 4190 Archivo Histórico Universitario, UH.

²⁰ Publicación del siglo XIX dirigida por Rafael M^a de Mendive.

²¹ Gutiérrez podía conectarse con elementos ideológicamente tan distintos porque años atrás había conspirado con ellos en el movimiento de Veteranos y Patriotas. Dice Zacarías Tallet: «Gustavo Gutiérrez quedó amigo al principio. Habiendo fracasado en una aventura periodística, fundó años después la *Revista de La Habana* en la que muchos del Grupo [Minorista] colaboramos; pero acabaría poniendo su indiscutible talento al servicio de Machado». Cfr. «Reminiscencias de Rubén», en: *Poesía y prosa*, La Habana, Letras Cubanas, 1929, p. 347. Evidentemente todo el mundo quiso luego cortar cualquier vínculo, por indirecto que fuese, con el machadato. En 1930, todos sabían que Gutiérrez trabajaba para el régimen.

fichaje acaso es el que mejor responde a la apuesta por el dictador reformador y su permanencia hasta el final en el Gobierno ejemplifica el grado máximo de la pluralidad machadista y quizás es la mayor contradicción de la «machadokrazia». Era un liberal que discrepaba profundamente de los procedimientos arbitrarios, como surge de su defensa de los estudiantes Rafael Trejo, Inés Segura de Bustamante y Alberto Espinoza ante un consejo disciplinario que se reunió para expulsarlos de la Universidad a raíz de los disturbios de junio de 1930.

Después de su retiro como profesor universitario, Guerra fue director del *Heraldo de Cuba* (controlado por el Gobierno) y en noviembre de 1932 da el salto a la alta clase política en medio de la explosión revolucionaria, pues ascendió a la Secretaría de la Presidencia hasta el 12 de agosto de 1933, día en que Machado renuncia y escapa a Nassau²².

Guerra persiguió un fin absolutamente desinteresado. Para él, Machado era la única oportunidad de ejecutar el programa de acción nacional contra el latifundio azucarero que debía poner en práctica tres ideas concretas: no más extensión de las propiedades, cese de las importaciones de braceros antillanos y tierra propia para el cultivador. La solución pasaba por la puesta en vigor de una legislación «urgente, drástica y decisiva» que solo podía acometer un Estado fuerte y nacionalista, y éste solo podía convertirse en realidad a partir de una gestión presidencial con las características de aquella que se atrevía a prorrogar sus poderes en 1928²³. Por eso, al morir en La Habana en 1970, Guerra continuaba siendo un machadista convencido que veía en la Reforma Agraria de 1959 lo que Machado no había tenido tiempo de hacer. En verdad, Guerra fue el núcleo moral del machadato.

Otro machadista consecuente fue Alberto Lamar Schweyer, a quien se ha criticado mucho y leído menos. De Lamar se dice que primero integró la vanguardia estética de dimensiones cívico-militantes que se agrupaba en el Grupo Minorista y alrededor de las publicaciones *Social* y *El Fígaro* y que luego «se desvió» hacia el machadato²⁴. Para Alejo Carpentier, es el traidor del minorismo.

²² Tomado de la *Breve bio-bibliografía del doctor Ramiro Guerra*, comp. por Araceli García-Carranza, La Habana, impreso s/f por la Biblioteca Nacional José Martí, p. 158. Luego habrá que retomar los sucesos de ese día en el Palacio Presidencial.

²³ Guerra, R.: *Azúcar y población en las Antillas*, Habana, Ciencias Sociales, 1970.

²⁴ El currículum de Lamar es impresionante. Trabajó muy joven en el *Heraldo de Cuba* (1918), probablemente allí fue donde conoció a Orestes Ferrara, quien había recibido la dirección del periódico de manos de su fundador, Márquez Sterling. Colaboró en *El Fígaro* (1921-1929); alrededor de 1923 publicó en *Social* y en *La discusión*; *El Mundo* (alrededor de 1922-23); jefe de redacción en *Smart* (1924). *El Sol* (llegó en ¿1924? y ascendió a la subdirección. Según Ana Cairo, este diario fue comprado por Machado y pasó a formar parte del grupo *El País*). Finalmente pasó a *El País* y allí trabajó hasta su muerte (13-8-1942) llegando a ser director de la edición vespertina. También fue uno de los directores de la revista de izquierdas *Venezuela Libre*, que se publicaba en La Habana y fue uno de los seis redactores de la *Revista Parlamentaria de Cuba*. Estos dos últimos títulos evidencian una contradicción con su modo de pensar: ¿era un mercenario o simplemente buscaba respuestas?

Y había un traidor, el único traidor del grupo, que se fue resueltamente con Machado cuando se afirmó el horror de la tiranía machadista; fue Alberto Lamar Schweyer (...). Pero, en fin, el escogería su camino y sería fiel a una falsa vocación.²⁵

Falta hacer aún un estudio riguroso de sus ideas sobre la autoridad, pero se puede afirmar que su vocación no fue falsa, pues así lo atestiguan escritos muy tempranos que en su momento no fueron vetados por Carpentier, ni por el resto de sus amigos de entonces. Por esa razón, también se puede adelantar que Max Henríquez Ureña se equivoca cuando asevera que «causó profunda sorpresa» la fundamentación doctrinal de la dictadura desarrollada por Lamar en *Biología de la Democracia*²⁶.

Los artículos en cuestión fueron escritos en 1923 y llevaban el título genérico «Con la Camiseta Negra». Con ellos, Lamar expresaba las ideas de un pequeño núcleo fascista creado en el gremio de los redactores de *La Discusión* que se oponía al estado de cosas en la política y quería extenderse por la sociedad. Lo novedoso del asunto era su tratamiento desde las ideas de Mussolini, lo cual se habría recibido como un chiste entonces si no hubiera estado escrito en un lenguaje extremadamente agresivo, demasiado para el tono de la época. El fascismo era la esperanza en medio del caos. En síntesis: Lamar proponía la búsqueda de un dictador que, a su vez, fuera controlado por un grupo de expertos —la aristocracia mental— y para eso, el sufragio debía ser reducido hasta hacer coincidir el padrón electoral con ese grupo de expertos.

(...) necesitamos, más que un hombre de leyes, más que un diplomático, más que un hombre simpático, un hombre de acción, un hombre moderno, fundido al calor de la tendencia fascista (...).²⁷

Esta aristocracia —¿vestigio discursivo de la *aristarquía* de la moralidad y la cultura?²⁸— sería el regulador del poder. No permitiría que la dictadura

²⁵ Carpentier, A.: «Un ascenso de medio siglo», en *Conferencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1987, p. 124.

²⁶ Henríquez Ureña, M.: *Panorama histórico de la literatura cubana*, La Habana, Revolucionaria, 1967, Tomo I, p. 356.

²⁷ «¡Necesitamos un gigante! Con la Camiseta Negra.» En: *La Discusión*, año XXXV, La Habana, jueves 4 de enero de 1923, p. 1. Ese mismo año Enríquez Ureña prologaba el libro de Lamar *La palabra de Zarathustra. F. Nietzsche y su influencia en el espíritu latino* (Habana, Imp. El Fíguro, 1923) con las siguientes palabras: «Soy para vosotros el heraldo de una buena nueva. Os conduzco hasta el pórtico. Entrad. Lamar Schweyer os hará pensar y os hará sentir. ¿Comulgareis en su capilla? Cuando así no sea, le rendireis pleistesía» (p. 10). A pesar del tono de circo, esto es un elogio. Un año antes, en 1922, Carpentier hacía una pausa en una columna de reseñas para felicitar la salida del libro de filosofía y crítica literaria *Las rutas paralelas*, también de Lamar.

²⁸ Rodó, J. E.: *Ariel*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, p. 105. El discurso de Lamar comparte con Rodó un orden referencial que va desde Nietzsche hasta Taine. Sin embargo, Lamar nunca cita a Rodó. Más bien, sus deudas son con la *Psicología genética* de José Ingenieros (1911) y con *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge. Ambas obras entra en la tendencia interpretativa de Rodó.

degenerara en una tiranía, es decir: que el «hombre de acción» no actuara guiado por el interés personal suyo o de su entorno, como ocurría en el México de Huerta. Contra la opinión convencional, pienso que tal aristocracia mental —y no la dictadura— es la piedra de toque de la construcción teórica de Lamar Schweyer. En definitiva, él y sus amigos eran más intelectuales que políticos, aunque la crisis de la gremialización y el curso de los acontecimientos los obligara a participar en las agrupaciones políticas. No obstante, pensaban y se comportaban como intelectuales, incurriendo en todas las ingenuidades que comporta la fascinación intelectual por y ante el poder. De este modo, *Biología de la Democracia*, es una justificación de la autocracia, pero es sobre todo la legitimación de la *elite* cultural; y es un espaldarazo teórico de Machado, porque se escribió y editó bajo su régimen, pero desde cierto punto de vista es un espaldarazo fantasma, pues el nombre del dictador no aparece una vez en sus páginas. El mero hecho de que la obra no esté dedicada al «Egregio» desafía los usos y costumbres de una época de dedicatorias intencionadas. Supongo que él escribiría la obra de todos modos, pues hacia allí apuntan las lecturas sobre darwinismo social, el sentido que le otorgó a Nietzsche y a la noción de «estado-fuerza», su conocimiento de la situación latinoamericana, su descontento con el orden de la política tradicional que se realizaba en círculos cerrados de militares y abogados, así como la interpretación de la obra de su amigo José Ingenieros. Una combinación salpicada por la acidez que le dejó la muerte de su padre durante la redacción del manuscrito²⁹.

A sus amigos de la vanguardia intelectual, aquello les pareció primero inoportuno y después infame. Lo cierto es que la obra cortó el espinazo de la intelectualidad emergente, que la heterogeneidad de compromisos políticos ya habían resentido bastante. Ellos trataron de cubrir la forma con un manifiesto, a la usanza de las demás vanguardias europeas y americanas, pero lo cierto es que sus miembros se colocaban en frentes diferentes y, como coalición intelectual, el Grupo Minorista se desintegró. El escándalo alrededor de *Biología de la Democracia* hizo las fisuras evidentes e insalvables³⁰.

²⁹ Evidentemente es una relación sumaria y engañosa, como todo registro de tópicos y autores, pero aquí no podemos ir más allá de su reseña. El libro sirvió para distraer a Lamar de la muerte de su padre. Sin embargo, él le contó a Ferrara que el suceso le quitó a la obra todo el optimismo que inicialmente tuvo. Posiblemente, *éste* habría sido *otro* libro si el padre de Lamar no hubiera muerto. Cfr. Carta de Lamar a Ferrara, marzo 3 de 1927. Archivo Nacional. Fondo: Donativos y Remisiones; años 1909/39; Caja o legajo: 382; núm.: 1; años: 1909/39, Contenido: Ferrara, O. Cualquier entendido preguntaría sobre la influencia del venezolano Laureano Vallenilla Lanz y su *Cesarismo Democrático*. Es evidente que el «gendarme necesario» inspiró a Lamar, pero él no creía demasiado en la perspectiva histórica, su enfoque se afirmaba más bien en la biología social. Además Vallenilla Lanz afirmaba que la dictadura sería una etapa que prepararía a los hombres para vivir democráticamente, mientras que Lamar entendía que era el único modelo posible a instaurar en América Latina.

³⁰ Es lamentable que no podamos entrar en la polémica alrededor de la obra, pues revela muchas cosas interesantes sobre los involucrados y explica algunos aspectos de la definición del campo de la cultura básicamente literaria hasta los años sesenta. A partir de la polémica se pueden analizar ciertos procedimientos de exclusión en esta cultura.

Una versión más racional es que la apuesta política de Lamar, quien fue presuntamente reclutado por el régimen en 1927³¹, era idealista por cuanto no se correspondía exactamente a un cálculo de ventajas. Por una parte, la fuerza de sus tesis se deriva no solo de sus creencias, sino del estado de cosas al interior de la empresa minorista, pues los involucrados en éste usualmente tuvieron entre sí determinado acceso a lo que se escribía y se comportaban como potenciales censores de la producción, como en el resto de las vanguardias. Al entrar en decadencia los nexos que unían a sus miembros, se resintieron los compromisos contraídos y los que quedaron más aislados después de la fisura experimentaron la separación como una liberación. En segundo lugar, y volviendo a la simbiosis entre idealismo y cálculo que caracteriza la apuesta lamariana, pienso que se trata más bien de una coincidencia entre el interés personal y la materialización política de sus ideas sobre lo que debía ser la conducción del país. En otras palabras: Lamar quería hacer carrera diplomática a la sombra de Ferrara (eran las reglas del arte) en un régimen que le parecía idóneo para Cuba.

La autocracia de «orden y progreso» fue la respuesta de la clase política y de un sector intelectual a la crisis de la I República, la cual era relacionada en el discurso con una amenaza a la formación nacional. Asimismo, fue concebida como una variante política dentro del republicanismo que permitiría la diversificación de la economía cubana, la independencia en el comercio azucarero mundial y la estabilidad interna necesaria para impedir una nueva intervención de EE.UU. La permanencia de tal idea en tanto solución viable para la Isla se mantuvo vigente después de 1933, lo que permite entender su posterior resurgimiento. A través de memorias y otros documentos, los machadistas hicieron ver que (1) en Cuba no había estallado una revolución, sino que más bien se había instaurado un estado de terror protagonizado por organizaciones como el ABC; (2) que Machado no había sido derrocado por esa movilización, sino por la intervención del embajador Benjamin Summer Welles; (3) que ningún poder había solucionado la inconstitucionalidad posterior a la caída del régimen y que si no hubo la tercera intervención fue porque lo que quedaba del gabinete presidencial (léase: Ferrara, Guerra y Lamar) había redactado y

³¹ Entonces era el subdirector del periódico habanero *El Sol*, comprado por el grupo oficialista que poseía también el *El País*. Las ventajas de participar en el régimen a la larga fueron pocas, Lamar sólo sirvió en un par de misiones diplomáticas y luego en la Cancillería de La Habana, siempre junto a Ferrara. En 1932, su novela *La roca de Patmos* fue acusada de inmoral y recogida de los puestos de venta por la policía. Luego tuvo que exiliarse hasta bien entrados los años treinta. Después de la caída de Machado, Cuba ingresó en un vacío de poder (Lynch) y povisionalidad jurídica. El interés en la teoría política de Lamar, que siempre pretendió combatir la anarquía con o sin Machado, alcanzó el grado cero. Creo que nunca llegó a gustar demasiado al general quizás por su pasado iconoclasta (estuvo en la «Protesta de los 13», fundó la Falange de Acción Cubana) y su antigua amistad con los minoristas, entre los que se contaba el líder comunista Rubén Martínez Villena.

dirigido al Congreso los documentos necesarios para cubrir la forma que reclamaba la Constitución de 1902. En términos de Lamar: «La cuestión no era ya mantener a Machado en Palacio, sino evitar que en la República viniera un caos»³². A esto se opuso una historiografía y una literatura radicales de enfrentamientos épicos y ajusticiamientos protagonizados por «el pueblo de Cuba» (dirigido por el Partido Comunista, el ABC, los estudiantes universitarios, o sea: el liderazgo cambiaba según la filiación política del que escribía la historia). Ambas, basadas en testimonios y documentos provenientes de los archivos pertenecientes a los involucrados y testigos de la revolución, solo coinciden en que no fue el *crack* del 29 —factor exógeno— el detonante de la Caída.

El autoritarismo cubano de estos años, importante en la definición y redefinición del modelo político vigente en la Isla, derivó a la postre en una imagen desdichada de la I República como un orden político impreciso y dependiente, un proyecto frustrado una y otra vez y mal avenido con las «expectativas» de la gente. Pero habría que preguntarse si los cambios sociales que le sucedieron cambiaron el personalismo de la política, el sentido patrimonial de los asuntos públicos, y si después de 1933 las respectivas cúpulas de los nuevos partidos políticos rebasaron la etapa del grupo personal inestable y fiable. Eso no es tan seguro. Si hubo cambios en la política que emergió de los sucesos del 33, estos se refirieron más bien a una modernización de los proyectos de gestión gubernamental y legislativa, más a tono con la sociedad en que se implantaban; a una transformación de las bases de la legitimidad del poder (diferentes a las que beneficiaban a los líderes-terratenientes de antes); y por último, a la base económica de los grupos de poder, que generalmente procedían de la clase media urbana.

³² *Cómo cayó el presidente Machado. Una página oscura de la diplomacia americana*, Madrid, Espasa Calpe, 1934, p. 173.